

¿quién soy yo? ¿Quién me ha dado calidad para resolver cuestiones tan complejas y tan graves? ¿Por qué la certidumbre que creo sentir en mí habría de resolverse en autoridad para otro? Sólo la posteridad — y ésta es también una de mis convicciones — tiene el definitivo derecho de crítica y de juicio hacia los talentos superiores. Sólo ella, que ve su obra en su conjunto, en su proporción y en su perspectiva puede decir en qué han errado y decidir en qué han faltado. Para adoptar aquí ante vosotros el augusto papel de la posteridad, para dirigir un reproche ó una queja á una gran inteligencia, sería preciso al ménos ser ó creerse un contemporáneo eminente. Yo no tengo la dicha de ese privilegio, ni la desgracia de aquella pretension.

Y despues, señores, y aquí es preciso venir á parar cuando de M. Lemerrier se hable, cualquiera que su brillo literario fuera, su carácter era tal vez más completo que su talento.

Desde el día en que creyó deber suyo luchar contra lo que le parecía la injusticia convertida en gobierno, inmoló en aras de aquella lucha la fortuna que había vuelto á encontrar despues de la Revolucion, y que el Imperio le arrebató; su bienestar, su reposo, aquella seguridad exterior que es como la muralla de la felicidad doméstica, y ¡cosa admirable en un poeta! hasta los éxitos de sus obras. Nunca poeta alguno hizo combatir con bravura más heroica á las tragedias y comedias. Enviaba sus piezas á la censura como un general sus soldados

al asalto. Suprimido un drama era inmediatamente reemplazado por otro, que sufría la misma suerte. Yo he tenido, señores, la triste curiosidad de averiguar y evaluar el perjuicio causado por aquella lucha á la fama del autor de *Agamenon*. ¿Quereis saber el resultado? — Sin contar *El Levita de Ephraim*, proscrito por el Comité de Salud Pública como peligroso para la filosofia, *El Tartufe revolucionario*, proscrito por la Convencion como contrario á la República; *La Demencia de Carlos VI*, proscrito por la Restauracion como hostil á la Monarquía; sin detenerme en *El Corruptor*, silbado, segun se dijo, en 1823 por los Guardias de Corps; limitándome á los actos de la censura imperial, hé aquí lo que he encontrado: *Pinto*, representado 20 veces y prohibido despues; *Plauto*, representado siete veces y prohibido despues; *Cristóbal Colon*, representado 11 veces militarmente ante las bayonetas y despues prohibido; *Carlomagno*, prohibido; *Camila*, prohibido. En aquella guerra, vergonzosa para el poder, honrosa para el poeta, M. Lemerrier vió en 10 años cinco grandes dramas matados bajo él.

Volvió algun tiempo por su derecho y por su pensamiento con enérgicas reclamaciones, directamente dirigidas al mismo Bonaparte. Un día, en medio de una discusion delicada y casi ofensiva, el amo, interrumpiéndose, le dijo bruscamente: *¿Qué teneis? Os poneis completamente encarnado. — Y vos completamente pálido*, contestó dignamente M. Lemerrier; *es el efecto que en cada uno de nos-*

BIEN UNILIBERTARIA  
U. A. N. P. Y.

otros se produce cuando nos irrita alguna cosa; yo enrojezco y vos palideceis. Bien pronto cesó por completo de ver al Emperador. Una vez, sin embargo, en Enero de 1812, en la culminante época de las prosperidades de Napoleon, algunas semanas despues de la arbitraria supresion de su Camilla, en un momento en que desesperaba de poder hacer representar jamás una de sus piezas en tanto que durase el Imperio, tuvo que presentarse en las Tullerías en su calidad de miembro del Instituto. En el momento en que Napoleon le percibió, fué derecho á él.—*Y bien, Sr. Lemercier, ¿cuándo vais á darnos una hermosa tragedia?* M. Lemercier miró fijamente al Emperador, y sólo contestó estas palabras: *Espero que bien pronto.* ¡Terribles palabras! ¡Palabras de profeta más aún que de poeta! ¡Palabras que, pronunciadas al principio de 1812, contienen Moscou, Waterlío y Santa Elena!

Sin embargo, en aquel severo y silencioso corazón no se había extinguido todo el sentimiento de simpatía hácia Bonaparte. Estaba en sus últimos tiempos, y la edad había más bien reanimado que apagado aquel fuego. Pasado el año, casi por época semejante, en una hermosa mañana de Mayo extendióse por París el rumor de que Inglaterra, avergonzada al fin de lo que había hecho en Santa Elena, devolvía á Francia el féretro de Napoleon. M. Lemercier, doliente ya y enfermo hacia cerca de un mes, hizo que le llevasen el periódico. En efecto, el periódico anunciaba que una fragata se

iba á hacer á la vela para Santa Elena. Pálido, tembloroso, levantóse el viejo poeta, brilló una lágrima en sus ojos y en el momento en que le leyeron que «el general Bertrand iría á buscar al Emperador. su amo...» Y yo, exclamó, *iré á buscar á mi amigo el primer Cónsul.*

Ocho días despues partió.

—*¡Ay de mí!* me decía su respetable viuda, refiriéndome estos dolorosos detalles; *no fué á buscarle; hizo más, fué á unirse con él.*

Acabamos de recorrer con la mirada toda aquella noble vida; saquemos de ella ahora la enseñanza que encierra.

M. Lemercier es uno de esos hombres raros que obligan á la inteligencia á proponerse y ayudan al pensamiento á resolver este grave y magnífico problema: ¿Cuál debe ser la actitud de la literatura frente á frente de la sociedad, segun las épocas, segun los pueblos y segun los Gobiernos?

Antiguo trono de Luis XIV, gobierno de las Asambleas, despotismo de la gloria, Monarquía absoluta, República tiránica, dictadura militar, hoy todo esto se ha desvanecido. A medida que nosotros, nuevas generaciones, bogamos de año en año hácia lo desconocido, los tres inmensos objetos que M. Lemercier encontró en su camino, que amó, contempló y combatió sucesivamente, inmóviles y muertos ya, se hundén poco á poco entre la espesa bruma del pasado.

Los Reyes de la rama primogénita no son ya más que sombras; la Convencion no es ya más

que un recuerdo; el Emperador no es ya más que una tumba.

Sólo las ideas que contenían les han sobrevivido. La muerte y el derrumbamiento no sirven más que para hacer desprenderse de las cosas ese valor intrínseco y esencial que es en ellas como el alma. Dios encierra algunas veces las ideas en ciertos hechos y en ciertos hombres, como se encierran en vasos los perfumes. Cuando el vaso cae, la idea se extiende.

Señores: la raza primogénita contenía la tradición histórica; la Convencion contenía la expansion revolucionaria; Napoleon contenía la unidad nacional. De la tradición nace la estabilidad, de la expansion nace la libertad, de la unidad nace el poder. Ahora bien, la tradición, la unidad y la expansion, en otros términos, la estabilidad, el poder y la libertad son la civilizacion misma. La raíz, el tronco y el follaje forman todo el árbol.

La tradición, señores, interesa á este país. Francia no es una colonia hecha nacion violentamente; Francia no es una América. Francia forma parte integrante de Europa. No puede romper con el pasado, por la misma razon que no puede romper con el suelo. Por esto, en mi sentir, ha sido por lo qué, con admirable instinto, nuestra última Revolucion, tan grave, tan fuerte, tan inteligente, ha comprendido que, hechas las familias coronadas para las naciones soberanas, era preciso, en ciertas edades de las razas reales, sustituir al derecho hereditario de Príncipe á Príncipe, el derecho hereditario de

rama á rama; y con profundo buen sentido ha escogido para Jefe constitucional un antiguo lugarteniente de Dumouriez y de Kellermann que era nieto de Enrique IV y descendiente de Luis XIV; con alta razon ha trasformado en dinastía jóven una familia antigua, monárquica y popular á la vez, llena de pasado por su historia y de porvenir por su mision.

Pero si la tradicion histórica interesa á la Francia, la expansion liberal no la interesa ménos. La expansion de las ideas es su propio movimiento. Francia es por la tradicion y vive por la expansion.

¡No permita Dios, señores, que al recordaros en este instante lo poderosa y soberbia que era Francia hace 30 años, tenga yo ni por un solo momento la impía intencion de rebajar, humillar ó desalentar, por medio de un pretendido contraste, la Francia actual! Podemos decirlo con tranquilidad, y sin que sea necesario esforzar la voz para afirmar esta verdad tan sencilla. Francia es hoy tan grande como ha podido serlo en otras épocas de su historia. Hace 50 años que, al empezar su propia transformacion, empezó tambien el rejuvenecimiento de todas las antiguas sociedades. Francia parece haber dividido en dos partes iguales su mision y su tiempo. Durante 25 años ha impuesto sus armas á Europa; desde hace 25 años viene imponiéndola sus ideas. Con su prensa gobierna los pueblos; con sus libros gobierna las inteligencias. Si ya no tiene la conquista, esa dominacion por la guerra, tiene la iniciativa, esa dominacion por la paz. Francia es la

que redacta la orden del día del pensamiento universal; lo que Francia propone, se pone á discusión en el mismo instante por la humanidad entera; lo que ella decide, forma ley. Su espíritu se introduce poco á poco en los gobiernos y los sana. De Francia nacen todas las generosas palpitaciones de los demás pueblos, todos los cambios insensibles del mal al bien, que se realizan entre los hombres en este momento y que libran á los Estados de violentas sacudidas. Las naciones prudentes que se preocupan del porvenir, procuran introducir en su vieja sangre la provechosa fiebre de las ideas francesas, no como una enfermedad, sino, permitidme esta expresion, como vacuna que inocular el progreso y preserva de las revoluciones. Tal vez los límites materiales de la Francia están momentáneamente restringidos, no seguramente sobre el eterno mapamundi en que Dios ha señalado los compartimientos con rios, océanos y montañas, sino sobre ese efímero mapa, embadurnado de rojo y azul, que la victoria ó la diplomacia rehacen cada 20 años. ¿Qué importa? En tiempo dado, el porvenir vuelve á ajustarlo todo en el molde de Dios. La forma de la Francia es fatal. Y despues, si las coaliciones, las reacciones y los Congresos han hecho una Francia, los poetas y los escritores han hecho otra. Aparte de sus fronteras visibles, tiene la gran nacion invisibles fronteras que sólo se detienen allí donde el género humano cesa de hablar su lengua; es decir, en los límites mismos del mundo civilizado.

Permitidme pronunciar algunas palabras más; concededme vuestra benevolencia algunos instantes, y concluyo.

Ya lo veis, no soy de aquellos que desesperan. Perdóneseme esta debilidad: admiro mi país y amo mi tiempo. Dígase lo que se quiera, no creo en el decaimiento gradual de la Francia, como no creo en el empequeñecimiento progresivo de la raza humana. Creo que esto no puede entrar en los desig-nios del Señor, que ha hecho sucesivamente, Roma para el hombre antiguo, y Paris para el hombre nuevo. El dedo eterno, visible á mi parecer en todas las cosas, mejora perpétuamente el universo con el ejemplo de las naciones escogidas, y las naciones escogidas con el trabajo de las inteligencias superiores. Que no contrarie, señores, al espíritu de sátira y diatriba este ciego que mira; creo en la humanidad y tengo fé en mi siglo; que no desagrada al espíritu de duda y de exámen este sordo que escucha; creo en Dios y tengo fé en su provi-dencia.

Nada pues, nada ha degenerado entre nosotros. La Francia conserva siempre la antorcha de las naciones. Esta época es grande, así lo pienso—yo que nada soy, tengo el derecho de decirlo—es grande por la ciencia, grande por la industria, grande por la elocuencia, grande por la poesía y por el arte. A los hombres de las nuevas generaciones, séales concedida esta tarda justicia por el más pequeño y el último de entre ellos, los hombres de las nuevas generaciones han continuado la obra

de sus padres piadosa y valerosamente. Desde la muerte del gran Goethe, el pensamiento alemán quedó en la sombra; desde la muerte de Byron y Walter Scott, la poesía inglesa se extinguió; no hay en este momento en el universo más que una sola literatura que arda y viva, la literatura francesa. No se leen más que libros franceses desde Petersburgo á Cádiz, desde Calcuta á New-York. El mundo se inspira en ella, Bélgica de ella vive. Sobre toda la superficie de los tres continentes, por todas partes en donde germina una idea, la ha sembrado un libro francés. ¡Honor, pues, á los trabajos de las jóvenes generaciones! Los poderosos escritores, los nobles poetas, los eminentes maestros que están entre vosotros, contemplan con dulzura y alegría cómo surgen por todas partes en el eterno campo del pensamiento hermosos renombres. ¡Oh, que se dirijan con confianza hácia este recinto, como os lo decía, hace 11 años, al tomar asiento entre vosotros mi ilustre amigo M. de Lamartine, *no dejareis á ninguno en el umbral!*

Pero que esos jóvenes á quienes la gloria acompaña, que esos magníficos talentos, que esos continuadores de la gran tradición literaria francesa no lo olviden: á nuevos tiempos, nuevos deberes. Hoy día la misión del escritor es ménos peligrosa que otras veces, pero no por eso es ménos augusta. Ya no tiene que defender la Monarquía contra el cadalso como en 93, ni tiene que salvar la libertad de la mordaza como en 1810; tiene que propagar la civilización. No es ya necesario que dé su cabeza, como

Andrés Chenier, ni que sacrifique su obra, como Lemercier; basta que consagre á ella su pensamiento.

Consagrar su pensamiento—permitid que repita aquí solemnemente lo que siempre he dicho, lo que por todas partes he escrito, lo que en la restringida proporción de mis esfuerzos no ha dejado de ser mi regla, mi ley, mi principio y mi objeto—consagrar su pensamiento al continuo desarrollo de la sociabilidad humana; desdeñar los populachos y amar al pueblo; respetar en los partidos, aún separándose de ellos algunas veces, las innumerables formas que tiene derecho á tomar la múltiple y fecunda iniciativa de la libertad; regular en el poder, aún resistiéndole en caso necesario, el punto de apoyo, divino según unos, según otros humano, misterioso y saludable según todos, sin el cual toda sociedad vacila; confrontar de cuándo en cuándo las leyes humanas con la ley cristiana y la penalidad con el Evangelio; ayudar la imprenta con el libro, siempre que trabaje según el verdadero sentido del siglo; difundir profusamente sus excitaciones y sus simpatías sobre esas generaciones cubiertas todavía por la sombra, que languidecen faltas de aire y espacio, y cuyas pasiones, sufrimientos é ideas oímos estrellarse tumultuosamente contra las profundas puertas del porvenir; verter sobre la muchedumbre, por medio del teatro, á través de la risa y el llanto, á través de las solemnes lecciones de la Historia, á través de elevadas fantasías de la imaginación, aquella tierna y

conmovedora emoción que se resuelve en el alma de los espectadores, en piedad hácia la mujer y veneración hácia el anciano; hacer penetrar la naturaleza en el arte, como la sávia del mismo Dios; en una palabra, civilizar á los hombres con el sereno resplandor del pensamiento sobre sus cabezas; hé ahí, señores, la mision, la funcion y la gloria del poeta.

Lo que digo respecto del poeta solitario, lo que digo respecto del escritor aislado, lo diría si me atreviese de vosotros mismos, señores. Llevais en vuestros corazones y sobre las almas una influencia inmensa. Sois uno de los principales centros de ese poder espiritual que cambió de puesto desde Lutero, y que desde hace tres siglos ha dejado de pertenecer exclusivamente á la Iglesia. En la civilización actual, dos dominios nacen de vosotros: el dominio intelectual y el dominio moral. Vuestros premios y vuestras coronas no se limitan al talento, se extienden hasta la virtud. La Academia francesa está en comunión perpétua con las inteligencias especulativas por medio de sus filósofos; con las inteligencias prácticas, por medio de sus historiadores; con la juventud, con los pensadores y con las mujeres, por medio de sus poetas; con el pueblo, por la lengua que éste hace y aquélla rectifica. Estais colocados entre los grandes Cuerpos del Estado y á su misma altura, para completar su acción, para dirigir sus rayos hácia todas las sombras sociales, para hacer que penetre el pensamiento, esa potencia sutil y, por decir-

lo así, respirable, allí donde no puede penetrar el Código, ese texto rígido y material. Los demás poderes aseguran y regulan la vida exterior de la nación; vosotros gobernais la vida interior. Aquellos hacen las leyes, vosotros las costumbres.

Sin embargo, señores, no vayamos más allá de lo posible. Ni en las cuestiones religiosas, ni en las cuestiones sociales, ni aún en las cuestiones políticas, nadie posee la solución definitiva. El espejo de la verdad se ha roto en medio de las modernas sociedades. Cada partido ha recogido un pedazo. El pensador procura unir esos fragmentos, rotos la mayor parte de ellos en las más extrañas formas, algunos manchados de lodo, otros ¡ay! manchados de sangre. Para volver á ajustarlos mal que bien, y volver á encontrar con algunas dudas la verdad total, basta un sábio; para soldarlos unos á otros y devolverles la unidad, sería necesario Dios.

Ninguno se ha parecido á ese sábio — permítmeme, señores, que al terminar pronuncie un nombre venerable, hácia el cual he sentido siempre una piedad particular — ninguno se ha parecido á ese sábio tanto como aquel noble Malesherbes, que fué á la vez un gran literato, un gran magistrado, un gran ministro y un gran ciudadano. Sólo que vino demasiado pronto. Era más bien el hombre que cierra las revoluciones que el hombre que las abre. La absorción insensible de las conmociones del porvenir por los progresos del presente; la dulcificación de las costumbres; la educación de las masas por las escuelas, talleres y bibliotecas; el mejo-

ramiento gradual del hombre por la ley y la enseñanza; hé ahí el objeto sério que debe proponerse todo buen Gobierno y todo verdadero pensador; hé ahí la mision que se había impuesto Malesherbes durante sus demasiado cortos Ministerios. Desde 1776, sintiendo acercarse la tormenta que diez y siete años despues lo arrancó todo, se apresuró á ligar la vacilante Monarquía en este sólido terreno. De aquel modo hubiera salvado al Estado y al Rey si el cable no se hubiera roto. Pero—y esto debe alentar á cualquiera que imitarle quiera — si el mismo Malesherbes pereció, su recuerdo al ménos ha permanecido indestructible en la tempestuosa memoria de ese pueblo en revolucion que todo lo olvida, como permanece en el fondo del Océano, medio enterrada bajo la arena, la vieja ancla de hierro de un navío que desaparece enmedio de la tempestad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

### CONTESTACION

DE M. VICTOR HUGO, DIRECTOR DE LA ACADEMIA FRANCESA, AL DISCURSO DE M. SAINT-MARC GIRARDIN

16 Enero 1845.

SEÑOR:

Vuestro pensamiento se ha adelantado al mio. En el momento de alzar la voz en este recinto para responderos, no puedo dominar una profunda y dolorosa emocion. Vos la comprendeis, señor; vos comprendeis que mi primer movimiento no podría dirigirse hácia vos, ni áun hácia el honorable y malogrado compañero al cual sucedeis. En este instante, en que hablo en nombre de la Academia entera, ¿cómo podría contemplar un puesto vacío en sus filas sin pensar en el eminente y extraño hombre que debía estar en ellas, en aquel íntegro servidor de la pátria y de las letras, aniquilado por sus mismos trabajos, expuesto ayer á tantos odios, rodeado hoy de esa respetuosa y universal simpatía, que no tiene más inconveniente que el de esperar siempre para declararse en favor de los hombres

30343

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. N. L.